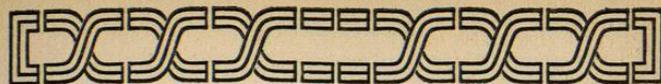


en la cual explicaba la verdadera naturaleza del odioso mercado. Escribió también á algunas personas de su mayor confianza para que procurasen sacar de la miserable bruja una instantánea que podría servir como prueba para arrancar la máscara con que ocultaba sus fechorías.

Tan rápida y tan saludable fué la circular que al verse acogida con recelo y desconfianza en todas partes, la miserable mujer emprendió la vuelta, no sin dejar en una máquina fotográfica la huella de su persona en hábito monacal con la cruz al pecho y el rosario á la cintura.

Cuando la Condesa tuvo en sus manos aquel precioso retrato se lo mostró á Ida diciendo:

—Este es un documento que más adelante podrá ser de mucha utilidad. Entretanto tenemos tiempo por delante, y quien tiene tiempo tiene vida.



## XLIV

### Dos bribones en Consejo.

A la rabia que devoraba á la comadrona, por haber tenido que interrumpir su *productivo* viaje, sucedió el furor cuando llegó á saber la desaparición de la hermosa Rosina, en quien había fundado las más risueñas esperanzas, y de quien esperaba obtener un gran provecho.

En el acto pensó que también en esta ocasión las gentes de la *Alianza* habían intervenido, y no hay qué decir que pronto se confirmaron sus sospechas por los indicios recogidos sobre el particular.

El dolor que experimentó la comadrona ante esta nueva derrota no es para descrito, así como la ira que se apoderó de ella.

Recordaba con el pensamiento la larga historia de sus luchas con la *Alianza*, de sus empresas por vengarse de la Piumetti, del día en que ésta le asestó el primer polpe, y sólo veía derrotas para ella y victorias para su enemiga.

Ya nada podía la *Liga* contra la *Alianza*, nada la Schwitzer y Brandini, contra la Storni y la Piumetti; sólo ella permanecía en el puesto de combate contra su perseguidora que fraguaba su

ruina. ¿Acaso no pensaba la Piumetti en cerrar su tugurio, en quitarle todos los medios de vivir?

Estos y otros pensamientos desesperados se fijaban en el cerebro de la terrible comadrona, que sólo se preocupaba en buscar los medios de evitar la tempestad que se le echaba encima, acariciando los más siniestros planes de venganza.

Y como los grandes dolores son mudos, á nadie confió sus pensamientos, ni siquiera á la fiel directora, ni dió tampoco queja alguna á la compañera de Rosina que la había dejado escaparse.

Pero al esconder á todos su inmenso afán no hacía más que aumentarlo, así como el fuego oculto es el que más intensidad adquiere. Con el dolor y la angustia crecía la ardiente sed de venganza que devoraba á la infame mujer, y de tal modo se sobreponía en ella este sentimiento que le parecía que no podría vivir sin satisfacerlo.

No pudiendo resistir el paroxismo del odio, después de una noche terrible de insomnio, pasada en delirar contra su rival, á la mañana siguiente salió de su casa para conferenciar con Brandini, con el objeto de dar el primer impulso á la nueva infamia que había maquinado y rehacerse con un golpe de mano de todos los daños que le había producido la Piumetti, librándose para siempre de sus insidias y de sus ataques.

El abogado socialista apenas acababa de vestirse cuando le fué anunciada la visita de la comadrona. La hizo pasar en el acto, acogiéndola con gran cordialidad como á una antigua conocida y diciéndola sonriendo:

—¡Buenos días! ¿Qué nuevo manjar vienes á ofrecerme hoy?

—Un bocado exquisito.

—¿Y no hay peligro de indigestión? ¿No podrá intervenir en ello la justicia?

—Con usted nada pueden hacer los jueces.

—Sí; pero quien confía demasiado permanece engañado. Veamos ahora el nuevo embrollo que me traes.

—El embrollo y el peligro son para mí; las ventajas para usted con tal que me ayude á dar un buen golpe á nuestro enemigo.

—¿A la Piumetti?

—Precisamente.

—Me lo esperaba. Para satisfacer tus rencores, ¿no es eso?

—Por obra de la necesidad.

—¡Bah!... Boberías.

—¿Son boberías los triunfos de la *Alianza* y las derrotas de la *Liga*?

—¿Y tú crees que con jugar una mala pasada á la Piumetti se arreglará el asunto?

—Yo creo firmemente que con asestarle un buen golpe heriremos de rechazo á la Condesa y á la *Alianza*, y, por consiguiente, la *Liga* recobrará nueva vida.

—*Mors tua vita mea*,—dijo riendo Brandini.—Pero en fin, veremos; ¿cuál es tu proyecto?

—Que usted, mi antiguo y noble cliente y magnífico protector haga su deber y se encuentre en su puesto en el momento de la batalla decisiva entre mi implacable enemiga y yo. El riesgo, como decía, para mí y todas las utilidades para usted, la Schwitzer, el feminismo y el socialismo.

—Ea, vengamos al caso. Dime claramente qué diablos quieres que yo haga.

—Pues que en una noche, que fijaremos, se encuentre usted con la señora Schwitzer en mi casita de campo donde tan buenos ratos ha pasado en otro tiempo.

—Con provecho tuyo.

—No salgamos del asunto. Vendrán ustedes los dos solos y los recibiré yo que haré de dueña y criada de la casa.

—¿Para bailar los tres la danza de las brujas?

—Habrás más de tres, porque estará la Piumetti.

—¡Demonio! ¿qué es lo que dices?

—Repito que irá la Piumetti, acompañada por una de mis más fieles domésticas, en coche cerrado, guiado por uno de mis más fieles guardianes.

—¡Aventuras de novela!

—Pero novela histórica, es decir, historia verdadera. Luego en mi casa estaremos cinco: usted, la Schwitzer, yo, la Piumetti y la doméstica; mi hombre, esto es, el sexto, estará á la puerta. ¿No le parece á usted que podremos estar seguros contra todo peligro?

—Aquí la cosa empieza á ponerse seria. ¿Pero cómo te vas á arreglar para tenderle el lazo y pillarla?

—¡No se pretende tanto! Basta con hacerla salir en coche dándola á entender que la llama con urgencia una persona de su confianza para asuntos de gran interés para la *Alianza*; luego, durante el trayecto, su compañera tratará de adormecerla. Por lo tanto, y aunque el golpe se malogre, es decir, que ella no se deje coger en el lazo, ¿qué daño tendrá usted á no ser el de haberse tomado una molestia inútil?

—¿Ninguno?... Y si cae en tus manos, ¿qué he de hacer yo?

—¿Y usted me lo pregunta? ¡Esta si que es buena! Usted como abogado y diputado, como hombre de ciencia, preparará, de acuerdo con la Schwitzer, cartas y documentos, que la Piumetti suscribirá de grado ó por fuerza y que bastarán para hacer que la despidan del servicio y para cubrir de vituperio y de ignominia á la *Alianza*, para deshorrar á ambas para siempre, para darnos el triunfo, en una palabra.

Brandini arrugó el entrecejo, y acariciándose la barba estuvo algunos momentos en silencio, hasta que al fin dijo con una sonrisa maligna:

—¿Mujeres? ¡Diablos! Casi casi comienzo á creer también yo que el mismo demonio te ha sugerido este nuevo embrollo... Pero no me conviene mezclarme en él.

—Despacio, caro señor. Usted, que es un hombre honrado

y que tiene buena memoria, no puede haber olvidado los peligros á que yo me he expuesto por servirle, como no puede ignorar tampoco lo que ocurriría si se descubren ciertas cosas... Pero mis secretos bajarán conmigo al sepulcro... Y para mí no pido nada, sino los riesgos y los daños que puedan sobrevenir. Le recuerdo, por lo tanto, que no ha pensado usted bien que si no consigo inutilizar á la telegrafista, no sólo habré de abandonar mi industria, sino que en las próximas elecciones faltarán recursos y su derrota es segura. Así, de grado ó por fuerza... debemos entrar juntos en el negocio.

—Eres la mayor bribona del mundo, pero me parece que en esta ocasión no has atado bien los cabos. Cierto es que hay necesidad de vencer á la *Alianza*, y cierto es también que, de conseguir lo que te propones, el golpe resultaría de efecto. ¡Diantre! Bastaría para ello con hacer gritar en todas partes á los vendedores de periódicos: *Las gravísimas revelaciones y el inaudito escándalo clerical...* Pero nada de esto es cosa segura.

—¿Qué es lo que falta?

—Lo principal... El ratón no está todavía en la trampa, y aunque entre en ella, puede no querer rendirse.

—¡Bah!... En eso pienso yo... ¡Tengo tantos medios para vencer ciertas resistencias! En mi larga carrera filantrópica he tropezado con muchas tentativas de resistencia, pero siempre he conseguido vencerlas.

—¿Y si ahora fallasen tus *argumentos*? Es decir, si la Piumetti se obstinara en no suscribir nada, ni aun con riesgo de su vida.

La comadrona soltó una carcajada tan maligna, que el mismo Brandini se estremeció. Luego replicó tranquilamente:

—Dado caso de que eso ocurriera, ustedes dos se van sanos y salvos y yo me quedo sola con ella, no para retorcerle el pescuezo, eso no... Dios me guarde de ello... Sino para que

vuelva á su casa en condiciones tales, que los efectos no se borren nunca de su memoria... Al buen entendedor...

—¡Calla, demonio—interrumpió también sonriendo siniestramente Brandini.—Dime mejor que si la cosa tiene éxito y se le induce á hacer lo que deseamos, borrarás todas las huellas de nuestros pasos para que nunca nos resulte algún perjuicio. Esto es lo más importante.

—Respecto á eso, duerma usted tranquilo. Ya le he dicho que todas las ventajas serán para ustedes y los peligros para mí. Concluído el asunto, ambos se retiran y yo permanezco con mi dulce amiga, y hasta muy entrada la noche no la soltaré, llevándole á la parte opuesta de la ciudad en coche cerrado, y allí la dejaré en libertad á campo raso... Así obran las personas como yo; la carne magra para los otros y el hueso duro para ella.

—Eres una perla, un tesoro, que sólo vive para hacer bien á la humanidad... Pero oye todavía una cosa: ¿No te parece arriesgada la intervención de la Schwitzer? ¿No podría echar á perder el juego con alguna ligereza suya?

—¡Bah! En esta comedia no hará más papel que el de comparsa; pero quiero que intervenga en el embrollo para ligarla á nuestro partido y ponerla bajo nuestra dependencia... También pienso hacerle pagar las costas más adelante... Pero, por ahora, no se hable de ello... Cada cosa á su tiempo.

—¿Conoce ya tu proyecto?

—¡Dios me libre! Sería inútil dárselo á conocer. Está persuadida de su superioridad y á mí me mira con cierta desconfianza á causa de mi profesión *honrada*.

—Honor de boca á poca costa se goza.

—Eso lo saben por experiencia ciertos *honrados* clientes míos... Pero usted puede hablar con la alemana y bastarán cuatro palabras tuyas para que le siga como un cordero.

—Pues bien, yo le hablaré y trataré de convencerla.

—Repito que es la cosa más fácil del mundo el persuadirla.

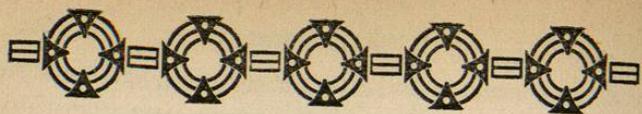
—¿Cuándo piensas poner en obra tu proyecto?

—Dentro de pocos días... Mientras tanto no se olvide usted de hablar con la Schwitzer para que nos ayude en la empresa.

—Ten cuidado con lo que haces, ¿entiendes?

—No [haya miedo de que el plan se malogre. El que algo quiere algo le cuesta.

Después de decir esto se separaron y la comadrona se retiró tan satisfecha como si ya se hubiese realizado su venganza.



## XLV

### ¡Á dentelladas!

**D**ESPUÉS de haber librado á la hija de Lisetta de las garras de la comadrona, Giorgina dijo con gran seriedad á Giannina:

—Ahora conviene no dormirse sobre los laureles y estar muy alerta. Me parece ver á esa condenada morderse los labios, jurar, blasfemar, entregarse, en suma, al diablo para devolver el daño que se le ha hecho.

—Miedo da el pensarlo... Si tú la conocieses como yo, y la hubieses visto en ciertos momentos como yo la he visto... ¡Desgraciada de la que se encontrase entonces con ella! Era como un tigre furioso. De fijo no ve la hora de vengarse, y quién sabe las insidias que preparará contra la señorita. Sí, no hay duda; debemos tener cien ojos y no perderla un momento de vista para que no prepare algún lazo infernal contra la señora Condesa ó contra la señorita.

—Contra ellas descargará su ira: porque á nosotras dos nos considera como enemigas despreciables... Y además, ¿qué tenemos nosotras que perder...? Pero estaremos vigilantes para impedir su venganza... Te repito que esa bruja llevará su merecido.

—Pues yo tiemblo ante la idea de alguna traición infernal, de algún golpe imprevisto que no tengamos tiempo de remediar.

—Redoblabamos la vigilancia. Hoy mismo voy á ver á nuestros guardias para que estén con el ojo alerta y para que me avisen de cualquier movimiento sospechoso de esa bruja maldita. Tengo el presentimiento de que en estos días debe de suceder algo... ¡Ay de nosotras si no estamos avisadas!

—Sí, dices bien. También yo estoy como sobre ascuas; me parece que después del triunfo de la *Alianza* y del último golpe que tú le has dado, es imposible que no trame algo.

—Por eso voy, como te he dicho, á dar instrucciones á nuestras amigas para que estén en acecho.

Antes de salir, Giorgina fué á visitar á Ida para que estuviese en guardia, así como para enterarla del servicio de vigilancia que había constituido de acuerdo con Giannina, servicio que ahora iba á reforzar con una frecuente correspondencia telefónica con la *vigilante* encargada de la policía secreta.

Sonrió Ida por la diligencia que mostraba la valiente joven, animándola á persistir en su empresa.

—Por mí dijo, no tengo cuidado alguno. Cuando suene mi hora tendré queirme... Luego la comadrona no me da miedo. Pero, por la obra santa que la Providencia se ha dignado confiar á nuestras manos, debemos estar siempre dispuestas á defenderla lo mejor que podamos. Y así como es cierto que la *Alianza* nada puede temer de la señora Schwitzer, que es una pobre comedianta, es indudable, que de la comadrona debemos esperar nuevas villanías, y que no depondrá su furia hasta que realice un nuevo golpe más terrible que los anteriores. Y además, con usted tiene antiguas cuentas que ajustar.

—Así es—dijo sonriendo Ida.—A mí me aborrece y ha jurado hacerme todo el daño que pueda... aguardo que cumpla su juramento y espero cualquier nueva tentativa por parte de esa mujer.

—Nosotras lo impediremos. Dios está con nosotras y el demonio con ella...

Llena de ira contra la comadrona y muy preocupada por los graves peligros que amenazaban á su *ángel bueno*, Giorgina visitó aquel día á las *vigilantes* que vivían más cerca de la infame bruja, y dejó á cada una de ellas instrucciones sobre el modo de mantener con la secretaria general de la *Alianza* un servicio continuo de vigilancia é información telefónica. Para fijar la correspondencia, señaló á cada cual un número, asignándose para ella el uno, el doce para Ida y el trece para la comadrona, y para expresar los diversos casos que podrían ocurrir, estableció también un lenguaje convenido.

Desempeñada su misión, volvió á casa tranquila y satisfecha, como el comandante de una fortaleza después de visitar las guardias y de reforzar las puertas. Pidió y obtuvo que la encargasen del servicio del teléfono y allí estuvo noche y mañana.

Pasaron algunos días en los cuales nada ocurrió de particular.

Luego le comunicaron que una mañana la comadrona había salido en coche por la Puerta Mayor dirigiéndose hacia su casita de campo.

Finalmente, una tarde, hacia la puesta del sol, recibió aviso de que la comadrona había salido de nuevo en coche de lujo, y que en el pescante estaba vestido con librea el vigilante de su casa. También en esta ocasión el carruaje había tomado la dirección del campo.

Más tarde recibió un nuevo aviso. El mismo coche había regresado á la calle de Granchí, 11; había subido á él una joven vestida de negro que ahora se dirigía hacia el centro de la ciudad.

—¿Qué viajes son estos?—se preguntó Giorgina.—Aquí está el misterio.

Mientras tanto siente llegar un coche y pararse delante de la puerta de la casa.

Se asoma á la ventana y ve bajar de él á la Condesa que volvía de paseo.

Un pensamiento cruza por la mente de la joven; el coche quizá podrá servir para seguir y alcanzar á la otra.

Corre en seguida á buscar á Giannina y le dice con insólita energía:

—Ve ahora mismo al encuentro de la Condesa, que sale por las escaleras y dile que no mande desenganchar los caballos y que el cochero no abandone el pescante, porque quizá tendremos que salir dentro de poco... Después lo sabrá todo. En tanto, haz lo que te mando.

Vuelve al telégrafo y escucha el timbre.

—¿Presente?

—Sí; ¿quién es?

—¿Con quién hablo?

—Con la *Alianza*.

—¿Su nombre?

—*Uno*; y el de usted.

—*Once*.

—Bien. ¿Qué pasa?

—Un coche sospechoso está parado delante de las oficinas de Telégrafos. Dentro de él hay gente del *trece*. Creo que esperan al número *doce*.

—Gracias. Basta.

Como por encanto, vió desplegarse en su imaginación toda la trama. La comadrona había partido antes para apoderarse de su presa; sus sabuesos habían venido después para preparar la caza y hacerla caer en la red.

En este momento entró Giorgina á quien aquélla dijo:

—¿Está todo dispuesto?

—Sí.

—¡Alabado sea Dios!

Y como si tuviese alas en los piés, corre á escape por la es- lera, oculta al lacayo dentro del coche, salta al pescante con el cochero y le dice:

—¡A la plaza de Garibaldi, delante de Telégrafos! ¡A escape!  
Durante el trayecto le reveló en parte el objeto de aquella carrera y para instruirle sobre la manera de seguir al otro coche en el caso de que ya no estuviese parado en la plaza.

En efecto, el carruaje misterioso no estaba en ella.

—Dios mío—dijo con acento de angustia la pobre Giorgina.

Después, dirigiéndose al cochero, añadió:

—Á la Puerta Mayor, por el camino más breve. La suerte de la señorita está en tus manos.

Tranquilo é impasible el cochero puso al galope los caballos y por vías transversales llegaron pronto á la calle de la Victoria, una vía larga y estrecha que desembocaba en la Puerta Mayor.

Al llegar á ella Giorgina se levantó dirigiendo miradas enrutadoras á todas partes. Al principio nada vió en medio de aquel confuso rodar de vehículos, pero al fin descubrió un coche que trotaba hacia el campo.

—¡Allí está—exclamó,—procurando calmar la inmensa agitación que sentía!

El cochero fustigó á los caballos y á pocos pasos de la puerta alcanzó al otro carruaje.

Entonces Giorgina dijo al cochero:

—Ahora volverán hacia la izquierda. Te pasas por delante de ellos y luego vuelves los caballos y colocas el carruaje de manera que no puedan huir. De lo demás yo me encargo.

Así sucedió.

Á pocos pasos de la Puerta, los caballos del otro carruaje se pusieron al paso. El cochero de la Condesa aprovechó la oportunidad para colocarse delante y luego se volvió de improviso, arrojándose encima del enemigo.

Giorgina mientras tanto, gritaba agitando la manos:

—¡Para! ¡Para!

El coche se detuvo.

Giorgina saltó en tierra, llama al lacayo, avanza con él hacia

el otro coche, corre á la ventanilla de la izquierda, da un puñetazo á la mujer vestida de negro. Entra en el coche aprovechándose del espanto de la mujer, coge á Ida por debajo de los brazos, que estaba inmóvil á la derecha, como si estuviese muerta, y entregándosela al lacayo le dice:

—Pronto, llévela al coche.

Ante esta escena rápida, extraña, imprevista, el otro cochero había permanecido atónito; pero cuando vió que la presa entraba en el segundo carruaje, saltó del pescante y blasfemando como un turco se abalanzó contra el lacayo.

Pero había echado mal sus cuentas. El lacayo, que era un atleta, después de depositar á Ida en el carruaje se volvió de improviso y agarrando á su enemigo cuerpo á cuerpo, lo arrojó á cuatro metros de distancia.

—¡Pronto, vamos!—le gritó Giorgina.

Mandó al lacayo que subiese al pescante, y ella se encerró con Ida en el carruaje.

Entonces se aproxima á la joven y observa con terror que no da señales de vida. Pero se acerca á su rostro y observa que respira. La toca el pulso, y ve que es lento y regular.

—La han aletargado; pero yo la despertaré.

Así volvieron á la ciudad donde ya empezaban á encenderse los faroles. Al reflejo de las luces Ida empezó á moverse, después abrió los párpados y mirando á su alrededor maravillada, dijo con voz apenas perceptible:

—¿Qué sucede? ¿Dónde estamos?

—Nada... Estamos cerca de casa.

En efecto, en aquel momento se detenía el carruaje. Giannina estaba aguardando á la puerta.

Salta del coche Giorgina, y con un gesto enérgico ordena á la otra que guarde silencio, y luego sosteniendo á Ida que aunque algo vacilante, podía ya tenerse en pie, suben ambas por las escaleras.

En aquel momento apareció la Condesa que estrechó entre sus brazos á la joven, pues por la precipitada salida de Giordina había comprendido que estaba en peligro su protegida.

Mientras tanto Giordina había llamado por teléfono al médico de la casa.

A pesar de las protestas de Ida, manifestando que se encontraba bien, la Condesa la obligó á meterse en el lecho.

Luego vino el médico y aseguró que la joven no ofrecía peligro alguno.

Entonces refirió Ida los pormenores de la emboscada. Al salir de la oficina se le había acercado una joven, dándole una tarjeta de la princesa Astolfi, que le rogaba vivamente pasase en el acto á verla para un asunto urgente.

Subió al coche con aquella mujer, que se titulaba doncella de la Princesa, y á los pocos momentos su compañera le acercó á la boca un pañuelo plegado que olía á esencias diciéndole:

—Respire usted fuerte. Esto le hará bien para reponerse de las fatigas del trabajo.

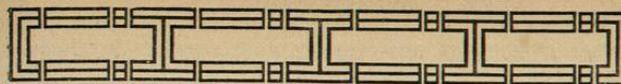
De pronto sintió Ida zumbidos de oídos, y una extremada languidez y cayó en un estado tal de postración, que aunque trató de rechazar á la supuesta doncella, no pudo conseguirlo.

Luego ya no recordaba más hasta el momento en que se encontró en otro coche con Giordina.

El médico declaró que Ida había sido cloroformizada, y que la mujer que le había suministrado el anestésico debía haber sido instruída por algún compañero de profesión, porque de otro modo ó no hubiese obtenido el efecto que se buscaba, ó la habría envenenado.

La narración que hizo después Giordina, fué acompañada por las lágrimas de Ida, de la Condesa y de la propia Giannina. ¡Cuán elocuentes eran aquellas lágrimas!

—Tú me has salvado la vida—exclamó Ida abrazándola con ternura—y acaso algo que vale más que la vida.



## XLVI

### La constituyente del feminismo.

LA gran conmoción producida en casa de la condesa Storni por la extraña aventura de Ida, y por el grave riesgo que había corrido, fué pronto disipada por los graves y múltiples cuidados que imponía á la Condesa y á sus auxiliares la próxima reunión general de la nueva *Alianza* nacional, y del trabajo febril que producía tal acontecimiento.

No se le ocultaba á la Condesa la importancia de este Congreso en el cual debían intervenir con sufragio deliberativo las delegadas de todas las provincias, para constituir definitivamente la nueva *Alianza* nacional, discutir y aprobar los Estatutos, elegir los cargos de los tres grupos y corresponder, en fin, al maravilloso entusiasmo con que la idea había sido acogida por las mujeres italianas, y desplegar ordenadamente, universalmente, su actividad y sus ventajas.

Por consiguiente, como había hecho siempre en la realización de su admirable labor de organización femenina, la Condesa se dedicó á considerar y disponer todas las circunstancias del próximo Congreso, con el objeto de que alcanzara un éxito completo. Y semejante labor de preparación iba, por decirlo así, creciendo entre sus manos, porque cuanto más trabajaba tanto mejor veía lo que quedaba por hacer.